

# EL REGALO

## (UN CUENTO PARA EL DÍA DE LA PAZ)

Érase una vez un pueblo perdido entre las montañas donde sus habitantes se trataban muy mal y eran muy agresivos entre sí. Siempre se estaban insultando; discutían por las cosas más insignificantes y claro, constantemente surgían peleas y conflictos violentos.

Los niños y niñas del lugar aprendían, desde muy pequeños, a pelearse porque estaban acostumbrados a ver a sus mayores hacer lo mismo con mucha frecuencia:

- ¡Eres un inútil!

- ¡Y tú una payasa!

- ¡Anda y vete por ahí, idiota!

Éstas y muchas otras palabras eran las que habitualmente se dedicaban los vecinos del lugar.

Un día una niña llegó al pueblo. Se llamaba Paz, era la prima de Alberto, que venía a pasar las vacaciones de verano.

Alberto tenía mucha ilusión en presentársela a sus amigos y amigas pero no estaba muy seguro cómo iba a reaccionar su prima cuando comprobara lo malhablados que podían llegar a ser. De todas formas Alberto tenía que arriesgarse y la llevó al campo del fútbol de la escuela donde estaban disputando un partido.

- ¡Hola chicos! ¿Qué hacéis?

- Hola capullo, íbamos a comenzar el partido.

- Esta es mi prima Paz, ¿Puede jugar?

- Si sabe, claro que puede. ¿Te gusta el deporte?

- Sí, desde muy pequeña practico kárate. Soy cinturón negro pero también me gusta jugar al fútbol y otros deportes.

Al oír esto todos se quedaron muy sorprendidos y pensaron que debían respetarla y no pasarse con ella.

Comenzó el partido y todo transcurría como era habitual: insultos, chillidos, patadas, escupitajos, achuchones, etc,... pero nadie se atrevía a dirigir una palabra malsonante a Paz.

De repente, el balón llegó a los pies de Paz y chutó con todas las fuerzas que le permitían sus fuertes piernas de karateca. El balón salió despedido tan alto que fue a parar al tejado de la casa de enfrente, con tan mala fortuna que se pinchó.

Los chicos se indignaron tanto que empezaron a insultarla, a dedicarle las palabras más sucias y horribles que pasaban por sus pequeñas mentes.

Pero ella no dijo nada, ni si quiera se movió; no hizo el más mínimo caso, y se quedó callada, mirándolos fijamente, con el rostro tranquilo.

Cuando los chicos cayeron en la cuenta de lo que estaban haciendo, huyeron despavoridos por temor a que ella se defendiera. Paz ni se inmutó, permaneció quieta mirando como huían.

Por la tarde, Paz se encontraba en su casa cuando sonó el timbre de la puerta y salió a abrir. ¡Qué sorpresa se llevó! Era su primo Alberto, y venía acompañado de toda la pandilla:

– ¡Hola Paz!

– ¡Hola Chicos! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo estáis?

– Verás, venimos a disculparnos porque creemos que nos hemos pasado contigo esta mañana en el partido.

– ¡Ah! ¿Es eso? No tiene la más mínima importancia; por mí seguimos siendo tan amigos como antes.

Para celebrar la reconciliación se fueron a continuar el partido que se había interrumpido por la mañana. De camino al campo de fútbol, uno de los chicos le preguntó a Paz.

– ¿Me permites que te haga una pregunta que me está rondando la cabeza?

– Sí, claro, todas las que quieras, adelante.

– Sabemos que puedes defenderte muy bien, en cambio no nos hiciste nada cuando te dijimos esas cosas tan horribles, ¿por qué?

Ella le respondió con una pregunta:

– Si yo te traigo un regalo y no lo aceptas, ¿para quién es el regalo?

– Sigue siendo tuyo Paz, puesto que no lo he aceptado- contestó el chico.

– Pues igualmente con los insultos. Si tú no los aceptas y no haces ningún caso, no son para ti, sino para quien los dice.